

tormenta / y al alba / vomitar una cascada de relámpagos».

Matar poetas es un libro en donde hay una asunción total de la existencia entrañada en un lenguaje que crea al nombrarlo tanto lo visible como lo invisible. Un libro insumiso, que nos perturba y conmueve, profundamen-

te lírico, propiciador de conciencia. Y aunque el poeta sirva de diana, es el triunfo, aun mortal, de la poesía. –JAVIER LOSTALÉ.

Juan Cobos Wilkins, *Matar poetas*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2019.

El agua del tiempo

FRANCISCO Javier Irazoki (Lesaka, 1954) suma con *El contador de gotas* un nuevo hito en el camino poético que inició con *Los hombres intermitentes* (2006) y cuya última entrega fue *Ciento noventa espejos* (2017). Se trata de una trayectoria de admirable coherencia y solidez, progresivamente afilada, que se caracteriza por el empleo del poema en prosa, con el que se zambulle –y hasta se enfanga– en la realidad, pero sin renunciar al vuelo de la imaginación; por la precisión descriptiva, que garantiza el verbo ceñido, pero también la metáfora reveladora (en «Triple libro», Irazoki recuerda «una frase esférica de Camus»: esa misma esfericidad busca él); y por la proporción exacta de irracionalidad, que trasluce los años de militancia surrealista del autor. Todo ello arroja un resultado en el que conviven, con insólita felicidad, la profundidad y la ligereza, como él mismo dice de Domintxo, uno de sus personajes, que vendía periódicos en bicicleta y luego

«trabajaba de peluquero y ejercía de juez municipal».

El contador de gotas es un poemario autobiográfico: Irazoki recorre las escenas de su vida, desde su infancia y adolescencia en Lesaka hasta un presente en el que pesa ya la madurez y se intuye la muerte. Los poemas del libro progresan cronológicamente, aunque sin rigideces, con una mayor presencia de los dedicados a la juventud en el País Vasco en la primera parte y de los vividos en otros lugares –Madrid, París– en la segunda. Menean los recuerdos de las figuras familiares y del mundo rural en el que creció, donde era importante el fútbol y después fue importante la música; también los dedicados a una adolescencia en blanco y negro, en la que surgen, inevitablemente, las primeras incomprensiones y los primeros deseos. Pero lo recordado no se queda a ras de suelo: no es nunca una áptera confesión biográfica, sino que se eleva siempre a la condición de poesía. Irazoki practica una venturosa

transformación lingüística. Contenido y vehemente a la vez, renombra las cosas para que vuelvan a ser: las vivifica con la ironía y la imagen, y las inviste, a menudo, de una adjetivación milagrosa: «secuoyas atolondradas», «líquido rencoroso», «muerte lela».

Sin embargo, quien hace este recorrido vital no es un yo compacto y único, sino una multitud de personajes, una constelación de voces que revela una fragmentación íntima, un poliédrico cosmos interior. El yo es muchos y el tiempo es también mucho, aunque ya se acabe. En «El contador de gotas», el poema que da título al libro, leemos: «Trabajo en una residencia. Soy el médico, un oficinista, cinco enfermeros, la cocinera africana. Cuido del conjunto de personas envejecidas que soy. [...] Mis habitantes vienen de parajes lejanos. [...] Lluve y cuento las gotas de los días vividos». En otros poemas, esta pluralidad ontológica no se encarna en otros personajes, sino en el mismo yo que escribe: en «El estuche invisible», el poeta oye hablar, de nuevo, a «sus habitantes»; y en «Pasajeros», la última composición del volumen, «todos los inquilinos que habitan en mi cuerpo preparan su despedida»: esos huéspedes son transeúntes que se encaminan hacia la nada. La identidad individual es, en *El contador de gotas*, algo que se desdobra, que se multiplica, que estalla. La identidad individual no es sino la suma o sucesión de las innumerables identidades que nos han constituido y que ya han muerto, como morirá el recipiente que las ha contenido.

Estas identidades, además, no son pacíficas, sino que sobreviven en con-

flicto consigo mismas y con lo que las rodea. Y, además, lo hacen en soledad. El conflicto está presente en la niñez, con aquellos inmigrantes que arribaban al País Vasco y no abandonaban la soledad, «el trato frío, la impureza en nuestra tribu», o bien se convertían, como cierto joven del Barrio Jaén, «en un habitante inmóvil de nuestro racismo». Pero la emigración es un fenómeno de doble sentido, y *El contador de gotas* también rememora la figura de Francisco Esteban, tío y padrino del poeta, que emigró joven a América, «donde condujo rebaños con soledad trashumante», y de otro tío, Pedro, que se instaló en Nebraska y que, incapaz de adaptarse, acabó suicidándose con «un fusil cargado de soledad». El final de la dictadura franquista y el llamado conflicto vasco resuenan en muchos poemas de la segunda mitad del libro, que contiene unas sentidas «Notas de gratitud a Maite Pagazaurtundúa». Tras las trágicas revueltas de este enfrentamiento, que mantuvo cautivos durante décadas a todos los vascos (y a todos los españoles), Irazoki desemboca en un saludable desprecio del gregarismo y una no menos higiénica abominación de la identidad colectiva, frente a los que oponen la radicalidad individual, el ejercicio solitario de la conciencia crítica: «El egoísmo primario y la altivez invitan a lo uniforme. Para romper diques mentales, necesitamos que otras culturas manchen nuestra vanidad», escribe en el poema dedicado a Pagazaurtundúa. Hay que desprenderse del miedo, añade Irazoki, salir del cobertizo que ideamos para guarecernos de la intemperie, y abrazar

un programa moral como el que propone en «Cuadernos de juventud», donde, entre otras nobles aspiraciones, reivindica la incoherencia íntima, abomina de las supersticiones prestigiosas, como la religión, persigue una conciencia transparente, sin amargura ni rencor, exalta a Billie Holiday y, en fin, solicita «que el perdón sea más fuerte que la herida». Y para que todo esto sea factible, el poeta subraya la necesidad de reconstruirse, de cambiar: es menester conquistar la bondad y transformar los remordimientos en actos; por eso él, como escribe en «Los cazadores», se cita a diario con la conciencia, el «único cazador que lo apunta con su arma».

El contador de gotas es, por último, un vademécum literario del poeta. Las constantes referencias literarias –Camus, Blas de Otero, Lorca, Cane-

tti, Verlaine, Rimbaud, Ribeyro, Lautréamont, Mandelstam, Ajmátova, Dickinson– le permiten trazar una poética, que impregna todo el libro. Cuando, en «Vigía de las palabras», caracteriza la literatura de Jorge G. Aranguren –como ya hizo en *Ciento noventa espejos*–, lo hace con palabras que también pueden aplicarse a él: «Elimina de sus páginas el sonido estridente, la imprecisión, los hierbajos de la moda. Sin ser un mendigo de la música, nos enseña a escuchar nuestras frases. Mitiga el desamparo buscando la belleza». Y las remata con la hermosa cita de Ramón Andrés que cierra el libro: «Morir fuera del himno». –EDUARDO MOGA.

Francisco Javier Irazoki, *El contador de gotas*, Madrid, Hiperión, 2019.

Un canto al amor que vence a la muerte

ELENA Pallarés, profesora y poeta, es una de esas autoras que apenas da ruido y sin prisas de publicación. Escritora firme en su haber y contenidos, tiene editados *El malentendido* (2002), *Ajuste de cuentas* (2005), *Ella guarda secretos* (2006) y tras un largo tiempo de silencio aparece *Mala estrella* en este año de 2019, con solapa de Pere Gimferrer y dedicado a Darío Villanueva.

La nota que abre el libro nos dice: «*Mala estrella* no es un conjunto de poemas unidos por un tema común: la muerte, sino un único poema que relata la historia de amor y muerte vivida –todavía palpita– por una mujer mítica: Helena Santolaya. [...] El yo poético del libro es la voz de ella, su grito, suyo es el dolor por la muerte del amado, suya la fusión con las heroínas de otras historias de amor y